

humorístico. Si Hesíodo y sus contemporáneos creyeron en la edad de oro, que nunca existió como tal, fue por hastío del presente, y el fenómeno parece que se repite ahora a escala de bomba de hidrógeno).

El talante de Abbagnano es descriptivo de las pasiones, posibilista, exhibe el anaquele de la complejidad y pocas veces accede a la contundencia, es inocuo en el sentido más noble de la palabra, y quizá sea ese el verdadero estado en que se encuentra la aspiración a la felicidad, salvo que Abbagnano no desdeña el concurso de la religión. «Las experiencias que el mundo moderno está viviendo en el intento siempre renovado y siempre frustrado de superar los límites del hombre, de alcanzar de un solo golpe una felicidad estática que satisfaga todos los deseos en el colmo de exaltación frenética, sólo consigue hundir a los hombres en una desesperación que genera odio y violencia.» Es condición indispensable el sentido exacto de las propias posibilidades. La busca de la felicidad es tarea individual, no institucional, y un camino que pasa —termina Abbagnano— por el deseo de la libertad.

7. Savater

Ya vimos en Séneca y en la apostilla de Marías (y también lo veremos en Aristóteles) que la felicidad o tratamiento de la felicidad forma parte tradicionalmente en filosofía de la ética. Dice Savater que «una aproximación especulativa al contenido de la felicidad que quiera huir de la cursilería y de la puerilidad no puede hablar más que de ética». No se comprende bien, aunque se intuye, por qué hablar de ética ha de eximir de la cursilería, pues de una forma u otra la felicidad sigue formando parte de ese gigantesco entramado del *ethos*, se hable directamente de ella o subsumida en la ética, pero en definitiva Savater lo que pretende es vacunarse contra el convencionalismo popular de la palabra y su uso inmoderado en el lenguaje de las fáciles propuestas publicitarias, de tarjeta postal y cancioneriles, y estamos en la creencia de que el título de su libro, *El contenido de la felicidad*, no es el más apropiado para una colección de ensayos de anecdotario diverso, de preocupación ética, por supuesto (moral, costumbres, virtud), pero donde la felicidad directamente tratada sólo aparece en el prólogo y en el epílogo, como un emparedado del tema mayor —y aquí proteico— de la ética (no hablamos de falta de unidad y esas zarandajas, sino de que aun formando parte la felicidad de la ética, aquélla requiere en su tratamiento y según la intención del título una especificidad formal que no se da). Sin embargo, conviene consignar inmediatamente que las pocas páginas dedicadas *abiertamente* a la felicidad son de extremo interés.

«De la felicidad no sabemos de cierto más que la vastedad de su demanda», una frase de principio, ya que «el placer o la utilidad o aun el bien nada significan en cuanto ideales de vida si no se los refiere a la felicidad, mientras que ésta se obstina en no dejarse agotar por ninguno de ellos, ni siquiera por su conjunto», suficiente enfoque de la naturaleza mercúrica, contradictoria, necesaria e inútil de la felicidad.

En los intentos de definición, Savater manifiesta aquel esquizoidismo que ciframos en la frase de Géricault («Haga lo que haga, siempre me habría gustado hacer otra cosa»), o incluye parte de la problemática en lo que otras veces hemos denominado

«razón adversativa» y se halla muy en la base del romanticismo profundo y de su heredero inmediato el psicoanálisis, el romanticismo, se entiende, no como escuela o período histórico determinado, sino como constante y sustancia de la condición humana, por aludir a la escisión de la personalidad, y de esta manera es como Savater arguye kantianamente que «felicidad es aquello donde yo no estoy, o aún no estoy o ya no estoy». El esquema, tan verdadero, no tiene más defecto que el de excluir situaciones límites «placenteras» absorbentes, tales como la culminación sexual, en la que el individuo no tiene por menos que estar «reunificado», aunque sea una sola vez en su vida, o el final de un dolor físico agudo. Luego felicidad es aquello donde yo no estoy, o aún no estoy, o ya no estoy, pero con excepciones muy concretas, y estas excepciones no invalidan la aseveración, que tampoco es fulminantemente verdadera. De ahí que la felicidad sea un asunto tan esquivo. San Agustín fue un anticipado de todos estos pormenores, sólo que a él le fue dado resolverlos mediante la fe lisa en Dios.

La única perífrasis que puede sustituir a la voz *felicidad* —anota Savater— es «lo que queremos» (justo, aquí siempre hemos hablado de la «aspiración» a la felicidad). El querer ser feliz es el querer *ser*, invocación cara a la ética, y es más fácil prescindir de la felicidad futura que de la pasada. Esto último requiere una matización, ya que o el pasado fue realmente feliz, lo que en realidad es una tortura, o el pasado se hizo feliz a través de la acción del tiempo y del engañoso mecanismo del «paraíso perdido», en suma, gratificaciones volitivas que el individuo se concede para ir tirando o reconstituirse, aparte de que la «felicidad futura» (querrá decir Savater la idea de felicidad futura), o sea, todo proyecto de futuro modifica la noción que se tenga de la felicidad pasada, y la modifica día tras día, no hay un solo recuerdo que se muestre estático y para siempre impávido, por lo que la afirmación es frágil y poco deliberada. «Lo que tienen a su favor los recuerdos, su parentesco con la felicidad, es eso: que están a salvo.» Por el contrario, nada más aventurado, dinámico y mudable que los recuerdos. Con independencia de lo que el momento recordado fuera «en sí», es el propio individuo con su idiosincrasia particular y a la vista del presente y el plan de futuro el que rescata de los recuerdos felicidad o desdicha, indistintamente.

Parafraseando a Tolstoi, Hegel, el recuerdo feliz no tiene historia (un verso célebre de Luis Rosales resume la misma cuestión). La felicidad es refractaria a la tarea reflexiva: «La felicidad será entonces el hueco retrospectivo en el que carecemos de unos y otras, un áureo paréntesis sin mensaje en nuestro discurso interior».

Si hubiera que enumerar tres cosas por las que mereciera la pena vivir, Fernando Savater señalaría la expresión artística, la cordialidad y el coraje y, si se diera el caso de aceptar un momento fugaz de *casi* felicidad, estos tres elementos probablemente se hallarían presentes.

8. Apéndice

Lo que en esta bibliografía llamamos apéndice tiene el valor de la actualidad. Si la fantasía felicitaria —dígase también anhelo, alienación, utopía— es eterna, la aproximación periodística requiere el pretexto de la actualidad inmediata, de los modos y maneras que más inquietan y perfilan la fisonomía del presente, la reacomodación del

viejo énfasis y el encono de la felicidad al hilo del devenir, ya se trate de la absorción telemática, del consumo, la publicidad, o del marco ofrecido por las leyes y las libertades cívicas.

En este mutable y generalmente desilusionado panorama hallamos que, sobre los signos apocalípticos y el secuestro agobiante de las telemanipulaciones, la felicidad «quizá consistirá en que nada ocurra, en que todo concierna al Estado y nada reclame nuestra voluntad» (P. Virilio) (el mismo Virilio alude al «placer en la desilusión del progreso material»), o adoptó [la felicidad] su primera forma en «el ansia de bienes que protegiesen y asegurasen hacia el futuro el inestable presente» (E. Lledó), o nadie puede pensar seriamente en ser feliz si la felicidad es la imagen que se nutre del reclamo publicitario, «pero la felicidad, precisamente, es —cita de G. Vattimo— la imagen de una condición a la cual se aspira, es la imagen de todo lo que deseamos», o es —con Aranguren— «el rostro subjetivo de la objetiva utopía», un instante, un don, una manera de bienestar y de reconciliarse con todos y con nosotros mismos, en la estructura de la condición humana, y añade Aranguren: «Cuando se es viejo, como yo, se ve la vida como un soplo, un momento. Su revelado, al ritmo y duración reales de la macrotemporalidad, se nos aparecería en el instante de la felicidad». Desde la perspectiva «ultrarromántica» que le brinda una historia de Calderón, *Los amantes del cielo*, Trías se arrebatata y dice que «en algún rincón del caduco corazón subsiste quizá una pasión antigua o ancestral, un elixir o un narcótico del alma, un fantasma o un sueño encadenado, un relámpago de vida vieja y nueva: el deseo de ser o llegar a ser». Juan Cruz muestra el lado irreversible: «La existencia del dolor es lo que explica y da sentido a la presencia efímera de la felicidad», mientras que Martín Aceña encuentra una estrecha relación entre felicidad y bienestar económico (esto creemos que nada más se puede pensar desde la pobreza) y J.L. Cebrián reivindica el «derecho a la felicidad», no reconocido por Savater, como proyecto de liberación individual en un marco garantizado por las leyes e indudablemente relacionado con la libertad, un poco en la línea de Abbagnano.

9. Las coordenadas del sentido común

Parecería lógico ahora acceder a una suerte de síntesis o conclusiones, pero es difícil o inútil porque en realidad eso es lo que hasta aquí hemos venido manejando: síntesis, conclusiones. Si bien el sentido felicitarario se polariza en la subjetividad multiplicada, cada uno de los tratadistas ha entrevistado previamente los elementos generales u objetivos para poder conformar su actitud, por lo que es un poco irrisorio o pretencioso que intentáramos la síntesis de las síntesis a título de *ultimar* la cuestión, empeño que quizá algún día pueda resolver la «inteligencia» taxonómica electrónica, aparte de que no hemos manejado medios, sino fines y planteamientos ya de por sí conclusivos dentro del carácter suplantador de toda escritura.

En el fondo de la conciencia, algo aterrados, no ignoramos que cada cosa se define por su contraria y que lo único a que podemos aspirar es a un equilibrio razonable mientras no se produce el desequilibrio total, la patada burda a las reglas del juego, que es la muerte y sus derivados. Esta sentencia previa o *injusticia* me hace pensar que el dolor causa más dolor que felicidad la felicidad y que también es una cuestión de criterio.

La alternancia nos llega como la imagen redicha de la botella con líquido por la mitad: nunca sabremos si está medio vacía o medio llena. Pero este *nunca* exagera. A partir de cierta cota vital la balanza adopta un vicio decidido y esto lo sabemos de sobra y no hay por qué insistir, pero influye en el resto de las consideraciones.

Si bien el individuo tiene aseguradas la vejez y la muerte y la quiebra de toda aspiración absoluta a la felicidad, la especie humana renace, se perpetúa, y la noción de felicidad individual tiene que transmitirse (transmisión enigmática) a los contenidos de la idea de progreso, que si no son identificables con la aspiración a la felicidad colectiva y al reconocimiento de una verdad última no son nada (pese a Kant y al positivismo de Comte). Dados los condicionamientos biológicos y la naturaleza ambivalente de las cosas, que no existen sin contrapartida, esto es imposible. Pero ahí aletea la esperanza. La esperanza no la acapara la religión. Yo hablo de la esperanza que le permite vivir al agnóstico más violento, al nihilista más desenfrenado.

Estudiar el conjunto interrelacionado de esperanza en la negación, felicidad individual, idea de progreso, estoicismo y voluntariedad probablemente nos llevaría a otro círculo vicioso, pero ahora sabemos que constituyen la base del problema. Entre tanto, como mal menor o consecuencia cotidiana, recapitulemos que el sentido común o capacidad generalizada de razonamiento y una cierta «sabiduría de la vida» devengada en la experiencia pueden mitigar la desdicha, incompreensión o desencuentro en la que nos desenvolvemos mal que bien.

Para Aristóteles la felicidad era el fin de todos los actos del hombre, y en su *Ética a Nicómaco*, el tratado básico de la virtud y la felicidad, éstos consisten en la pura contemplación. Aristóteles respetó estas palabras de Solón: «El hombre dichoso es el que, medianamente provisto de bienes exteriores, sabe ejecutar acciones nobles y vivir con templanza y modestia». Al final del recorrido sabemos que Solón y la eudemonía de los antiguos pecaron de ingenuismo, porque simplemente el hecho de proveerse de esos «bienes exteriores» ya entraña la desgracia de enfrentarse a todos los que desean lo mismo, y la sociedad de todos los tiempos es tan vil que ni siquiera eso ha conseguido, un reparto equitativo, y si no que se lo pregunten a los sin trabajo y a los hambrientos del mundo, a los ambiciosos y a los nostálgicos de otras vidas, a los expertos del *marketing* y a los miserables creadores de imagen, pero también es verdad que al final de los tiempos y examinada la mayoría de los imponderables, así como el silencio de los dioses, de la felicidad, pragmáticamente, no hay mucho más que decir que lo dicho por Solón.

Eduardo Tijeras